

EVA SANTANA LÓPEZ

SUPER HÉROE

(Relato premiado en el II Concurso de Relato Breve organizado por la Asociación Española de Escritores y Artistas Españoles y la ONG The Art Factory Inc (para la inclusión social a través del Arte). Segundo premio.)

NOVIEMBRE 2, 2017

— ¿Mamá, yo soy tonto?

A los once años estaba convencido de ello, pero aún así necesitaba que mi madre me respondiera que no, que no era cierto, que yo era el niño más listo del mundo. Y sin embargo, ella no hizo nada de eso. Se limitó a hablarme, de manera un tanto enigmática, del Club de los Trastocados. Era un día cualquiera, mientras estaba atareada envolviendo el bocadillo para el colegio y preparando el almuerzo para mí y para mis hermanos:

—Sí, bueno, verás... hijo...—contestó mientras realizaba tres tareas a la vez. Me temí que soltaría una de sus charlas y solté un gruñido mientras me levantaba, ya arrepentido por haber preguntado, para abrir la puerta de la cocina y dejar que entrara el gato. De camino, hice una tirada a la peonza que cayó rodando al suelo, asustando al pobre Botones que entraba en ese momento y que salió, despavorido ante el ruido. Luego me detuve frente a la nevera para coger la leche. Segundos después olvidaba qué andaba buscando:

— ¿Buscas el vino? ¿Para desayunar?—me soltó mi madre, sin piedad, sacándome de mi estado de ensimismamiento y haciéndome caer en la cuenta que era la leche lo que buscaba.

— ¿En la puerta de la nevera?, ¿Dónde siempre, tal vez?— se adelantó, de nuevo, irónica al ver que tardaba demasiado frente a la puerta abierta del frigorífico mientras dejaba escapar el frío. Cuando por fin le enseñé el *brick*, replicó triunfante:

— ¡Qué listo es mi niño! ¿Ves? Ya he contestado a tu pregunta.

Y ahí zanjó la cuestión sobre si era tonto o no. No me hizo gracia. Le expliqué que el tutor del colegio decía que estaba trastocado, o algo parecido, que me costaba fijar la atención y que de seguir así, además de acabar con su paciencia, iba a suspender de nuevo. Y añadí:

— Mamá no es broma.

— ¿Y no te ha explicado nada más del “Club de los trastocados”? — preguntó mi madre sin inmutarse por las malas notas y la paciencia- o más bien, la poca

paciencia- de mi tutor. Tampoco pareció darse cuenta de la leche desparramada dentro y fuera del vaso.

—Es un Club de Superhéroes del que tú y algunos más formáis parte—. Debería haber dicho “formamos” porque ella también tenía las cualidades que yo heredé y que nos conferían el carácter de los miembros del Club. Pero no quiso robarme el protagonismo de la escena.

—Te puedes encontrar con héroes que tienen todo tipo de poderes: los que tienen el poder de escribir del revés, “los Superdisléxicos”; los que tienen el poder de hacer muchas cosas al mismo tiempo sin cansarse, “los Superactivos”; o los que como tú, tienen el poder de variar su concentración a menudo.

A mí ese Club me pareció una birria y ni tan sólo me animaron los superpoderes que me describió:

— Hay niños que a veces enerváis un poco a los profesores, cierto. Pero... ¿Te parece poco poder? ¡No les dejáis indiferentes! Sois niños que no vais por ahí con una capa, ni *leggings* o el calzoncillo por fuera pero, créeme que tenéis poderes como el de ver la solución cuando todo está embrollado, por ejemplo. Es como si tuvieras un mapa de los problemas y los vieras desde arriba, de modo que te es fácil encontrar un camino para salir de ahí. Mientras otros se atascan, tú encuentras una idea para salir del atolladero.

Mi madre usaba palabras que no entendía, como atolladero, y en consecuencia, yo ya había desconectado de su discurso. Sólo había retenido lo de “enervar a los profesores” y me disponía de nuevo a abrir al gato – que ahora quería salir y no, entrar- y darle otro meneo a la peonza, olvidando mi pregunta sin respuesta. Ella se sentó frente a mí, me buscó la mirada con sus ojos de miope y consiguió captar mi atención de nuevo. Luego prosiguió:

—Los niños como tú, no sólo tenéis grandes ideas. Además, tenéis sentido del humor, os preocupáis mucho por la familia, estáis siempre dispuestos a ayudar, sois muy creativos...

Mi madre siguió enumerando “superpoderes” pero yo ya no escuchaba. En ese momento me preocupaban más los lametones que daba mi gato al charquito de

leche que se había formado en el suelo y que se había encontrado tan afortunadamente de camino a la salida. De pronto mi madre lanzó un aullido:

— ¡Uuuuu, no puede ser! si ya son menos cinco...

Eran casi las nueve y con tanta charla iba a llegar tarde al *cole*, de nuevo. Además, se había quemado el almuerzo y la casa empezaba a oler a chamuscado. Mamá se fue corriendo a sus sartenes y yo a recoger la mochila que, aunque pesaba demasiado con tanto libro, me pareció más ligera que el día anterior. Tal vez fuera que, si bien el discurso no me había convencido del todo (aún tardaría unos años en asumir que los de “mi Club” también teníamos grandes cualidades), mi madre había planteado una duda razonable sobre la cuestión de si era tonto o no. Y eso, en un niño de once años, ya era mucho. Le di un fugaz beso de despedida y salí volando, con mi capa invisible, hacia el colegio. Segundos después, oí como me gritaba por el hueco de la escalera:

— ¡Hijooooo, el bocadillo!

Premio:

<https://www.facebook.com/notes/the-art-factory-inc/fallo-del-ii-certamen-de-relato-breve-the-art-factory-inc/1765060303794379/>.